

sen cristianamente que todo lo deben á la caprichosa lotería del nacimiento, pues á antojársele á ésta, bien pudieron ser humildes palmas de palmito.

(A B C, 3 de Enero de 1908.)

## XXV

## LOS DIENTES DE LA SIERRA

(CUENTO PARA NIÑOS)

Una vez el Diablo, pensando en lo mal que le salían sus planes, estaba dado, más que nunca, á todos los demonios. Para colmo de sus desdichas, nueve años antes había nacido en Belén el Niño Jesús, y ya, sin que contra Él hubiera valido de nada la cruel persecución de Herodes, iba creciendo, creciendo, en Nazaret de Galilea, "fortaleciéndose y llenándose de sabiduría", como dice San Lucas, al lado de su Madre, la bendita Virgen María, y de San José, el venturoso carpintero. Y como, para que se cumplieran las antiguas profecías, aquel niño, que era Dios, había de redimir el mundo cuando fuese hombre, el Diablo, meditando en ello, veía su pleito perdido, echaba chispas por los ojos y por la boca y pateaba de coraje. Él tenía que hacer algo muy malo para impedir á todo trance la salvación de las almas, y

gritaba con vocejón de tormenta: “¡Esto no puede seguir así! ¡Pues no faltaba más...!”

Una noche —y no un día, porque no hay días en el infierno—el Diablo, más furioso que nunca, después de traer al retortero á todos los diableznos y diablazos de su negra monarquía, dió un estallido que retumbó de cueva en cueva y de horno en horno, y, convirtiéndose, para correr más y no necesitar cabalgadura, en una bocanada de aire caliente, salió á espetaperico por un ventanuco más negro que el hollín, y se vino al mundo. Ya en él, emprendió respahilando la caminata hacia Galilea, y de este chumbar me salgo y por este olivar me entro, hala, hala, y vuela que te vuela, echando venablos, llegó en un periquete al pueblecito de Nazaret, y anduvo dos ó tres calles, hasta que al divisar una pobre casita en donde sonaba el frecuente golpear de un mazo sobre un escoplo, se paró en el quicio de la puerta.

Desde ella se veía todo el taller del humilde carpintero: un banco, algunas tablas puestas en pie y apoyadas en una de las paredes; en otra, colgada de una escarpia, una sierra de mano, de las que los carpinteros andaluces llaman *de costilla*; en un viejo anafe apagado, un pucherillo con cola; y en el suelo, junto á un rincón, una espuerta de palma con otras herramientas de carpintería. San José escopeaba afanosamente, y, cerca del banco, la Santísima Virgen, hermosa como el sol, sentada en pobre silla de anea, preparábase á devanar una madeja de hilo que acababa de poner en una de-

vanadera de cañas. La ocasión no podía ser más propicia para que entrase el Diablo; siempre fué casa y dominio suyo todo artefacto que da vueltas, y por eso dicen que anuncia males el hacerlas dar á un paraguas, á una moneda ó á una silla. Metióse el Diablo, en efecto, dentro de la devanadera, á fin de esperar desde muy cerquita la llegada del aborrecido Niño, á quien nunca había querido ver y contra el cual urdía una criminalísima trama, y, por pasar el tiempo, se entretuvo malignamente en enredar el hilo, travesura ruin que la Virgen deshacía á cada instante sin trabajo alguno con sus lindas manos de azucenas.

Caía la tarde, y San José empezaba á aserrar un madero. Uno de los rayos del sol poniente penetraba algo soslayado por la puerta del taller y besaba amoroso, como en señal de respeto, la falda y los pies de la bendita Virgen. De pronto, aquella tibia claridad se convirtió en resplandor vivísimo. Era que entraba Jesús, después de conversar un rato con otro niño, con su deudo Juan, á quien habían de llamar el Bautista. Retratar la garridísima figura de Jesús de Nazaret no es empresa para habilidad humana, y menos para pluma tan torpe como la mía; bien que no hace falta el retrato, porque vosotros, mis amables lectores, como niños buenos, habéis visto en sueños muchas veces al augusto Hijo de Dios tal como yo os lo quiero representar, recién llegado á la edad de nueve años.

Abrazó Jesús á su Madre y á San José, y re-

parando en que era fácil que éste, indicada la línea del corte en ambos lados del madero, aserrase fuera de ella por la parte que no alcanzaba á ver, dispúsose, como otras veces, á auxiliarle. Nada bastó á disuadirle de su propósito: "Para trabajos, y no para delicias, he venido al mundo", replicó sonriente. Y cogiendo la sierra, por el extremo libre de su armazón, aserraba con San José, y como era niño, fatigábase del trabajo.

El Diablo, invisible huésped de la devanadera, quedóse deslumbrado y aturdido al entrar el Niño Jesús, y tembló de envidia, de rabia, y, aunque él no quisiera reconocerlo, ¡de admiración! Porque estaba cerca del objeto de su odio, y ¡cosa más peregrina...! no sabía odiar. Al revés: á cada gesto, á cada palabra que decía el augusto Niño, sentíase más suavemente vencido y más imperiosamente dominado. Y cuando Jesús, por lo recio de la tarea, harto ruda para sus delicados miembros, respiraba anhelante, dejando ver en la serena frente algunas gotas de sudor, el Diablo, al contemplarlas, estremeciéndose todo, exclamó para sí: "¡Soy perdido!", y se aborreció á sí propio, porque amaba tal como si en el fondo de su ser reviviese alguna lumbre de su antigua naturaleza angélica; y, abandonando su guarida, huyóse con desesperación por la puerta y, como un vendaval, se fué por toda Galilea, destruyendo sembrados y tronchando árboles.

.....  
Era casi mediada la noche. Los gallos habían

cantado dos veces, y el pueblecito de Nazaret dormía tranquila y silenciosamente á la luz de la luna de Marzo, tan clara como la de Enero. Por una de las calles avanzaba de prisa y sin ruido un embozado. Llevaba capa roja, gorrilla con una pluma negra, y, ¡cosa rara!, en lugar de pies tenía patas de aguilucho. Al llegar á la puerta de la casa en que vivía Jesús, perdióse de vista, no en un santiamén, porque el embozado era el Diablo en persona, pero sí de golpe y zumbido: se había entrado por el ojo de la llave.

Y ya en el taller, desembozándose y alumbrándolo con las vivas ascuas de sus pupilas, descolgó la sierra, pasó los dientes por entre sus dedos, y se sonrió, como quien ve comprobada una conjetura. En aquel tiempo los dientes de las sierras estaban rectos del todo, y como el camino que abrían en la madera no era un pelo más ancho que gruesa la hoja, el apretado rozar de ésta con las paredes del corte calentábala hasta destemplantarla, dificultaba mucho el trabajo y cansaba los brazos más recios. El Diablo metió la hoja entre sus dientes, y con presteza indecible, haciendo de ellos lo que llaman *triscador* ó *trabador* de carpintería, fué inclinando alternativamente á uno y otro lado los de la sierra; hecho lo cual, los volvió á pasar por entre sus dedos, para percatarse de cómo quedaban, y sonrió otra vez, abriendo hasta las puntiagudas orejas la disforme boca. Después, colgó la sierra, contempló la entornada puerta de la habitación en que, blando y acompasado, so-

naba el suave respirar del Niño Jesús, vaciló un instante, dió un paso hacia ella, rodaron por sus hundidas y pelosas mejillas dos lágrimas como dos goterones de pez, y juntando las yemas de sus dedos, tiró con ellos un beso á la humilde pero regia alcoba, exhaló un sordo gemido en que pareció arrancársele el alma, y salió de estampida por donde se había entrado.

Pocas horas más tarde saludáronse en aquella casita dos soles: el del cielo y el de tierra. Y al reanudar su trabajo el Niño y San José, miráronse muy luego, éste con extrañeza y aquél con infantil y franca risa: la sierra iba y venía con facilidad asombrosa, tal, que cualquier niño podía manejarla sin cansarse. San José, con muy justificada curiosidad, púsose á examinar la hoja, y al ver que los dientes estaban torcidos, desde el primero hasta el último, cuál á un lado y cuál á otro, exclamó, enseñándolos á Jesús:

—Mira. ¡Cosa más rara...! ¡En esto consiste que se haga el trabajo tan fácil! Pero ¿quién nos ha mejorado la sierra de este modo, que, á la vista, más parece que la ha echado á perder?

Y Jesús, sonriendo como un ángel, respondió:

—Fué el Diablo quien anduvo en esto. Como me vió niño y fatigado...

(A B C, 9 de Enero de 1908.)

## XXVI

## DE ANTAÑO Y DE HOGAÑO

## I

Cuando en mi edición de *Rinconete y Cortadillo* reseñé aquel mar de riquezas que nuestras naos trajeron del Nuevo Mundo durante el primer siglo de su descubrimiento, é hice mención de aquellas trescientas treinta y dos carretadas de plata, oro y perlas que condujo la flota llegada á Sevilla en 22 de Marzo de 1595, y de aquellas ciento tres carretadas y quinientas ochenta y tres cargas de plata y oro que dos meses después se sacaron, respectivamente, de la capitana y la almiranta de otra flota, llegándose á ver en la Casa de la Contratación de las Indias, en frase de un testigo ocular, "el mayor tesoro que jamás los nacidos han visto", entonces, reseñadas tales grandezas, análogas á las maravillas de las *Mil y una noches*, añadí las siguientes palabras:

"Al olor y, sobre todo, al sabor de estas cuan-

tiosísimas riquezas, gran parte de las cuales quedaba en Sevilla, vivían en la magnífica ciudad del Guadalquivir, quiénes como vecinos, gozando las franquicias y exenciones de tales, quiénes como residentes y quiénes como meros estantes ó transeúntes, no sólo millares y millares de personas de toda España, sino también una muchedumbre crecidísima de extranjeros, en especial de italianos, flamencos y franceses, cada cual en busca de su avío y en solicitud de su medra; cada cual discurriendo medios é inventando artes, artimañas ó artificios para apropiarse, industriosa y más ó menos limpiamente, alguna mielecilla de las óptimas colmenas indianas, consolándose así de no haber sido ellos ni sus naciones los que tuvieron la dicha de descubrir y conquistar el Nuevo Mundo. Mas para todos había en aquella sazón."

Y acaeció en ella, entre otros fenómenos peregrinos, aún no estudiados, ó no bien estudiados todavía, uno muy de notar, y cuya primera parte he comprobado reiteradamente al examinar en el Archivo General de Indias los registros de ida de naos: que mientras nosotros, los españoles, en busca del oro de allende, abarrotábamos las naves de ruines aunque vistosas y relucientes bagatelas, tales como gargantillas, zarcillos, medallas é higas de vidrio y azabache, "plumas de regocijo" y "cintas de resplandor", y *cascabeleábamos* á aquellos inocentes mandando para divertirlos no menos de seis clases de cascabeles, que se llamaban "de tercero, segundo y primero falcón, de autor, de

tercelete y de surtido", los extranjeros, á quienes por nuestras leyes de Indias no era permitido ir allá ni comerciar en ellas, nos seducían y engolosinaban á su vez con otras fruslerías no menos vanas, y, abusando de nuestra candorosa largueza, se nos llevaban el dinero, á cambio de mil vistosas naderías; por donde, bien mirado, venían á tener sus Indias en España, sin el riesgo de las largas navegaciones, ni de las inclemencias del sol de los trópicos, ó del frío glacial de las punas del Perú.

Los moralistas reprobando nuestros derroches y el necio lujo que los originaba, y la autoridad real escuchando las reiteradas quejas que formulaban las cortes y atendíendolas en multitud de pragmáticas, desobedecidas siempre, intentaban atajarnos en el mal camino; mas todo fué en balde: habíamos nacido para ricos y nos empeñábamos en ser pobres, y un ardite se nos daba de pagar á peso de oro cualquier futesa. Ni ¿quién dijo apuros, estando para venir aquellas armadas que traían plata y oro de medio mundo para el otro medio? Y llegado, todo se gastaba en un santiamén: lo del rey, en pagar á sus soldados; lo de éstos, en galas, juego, vino y mujeres; lo de los particulares, en guantes y en volantes y en tapar algunos agujeros del crédito; y después, todo se volvía á deber y toda deuda se aplazaba invariablemente para cuando llegase la flota. ¡Hay que ver esto, como lo he visto yo, en centenares de escrituras!

Así, en aquel tiempo, cada cual pudo llamarse por sobrenombre "el de la mano horadada", porque nada nos paraba en ellas. Y así, aun siendo blanquísima la plata de copela que nos venía de las Indias, ya, por los años de 1552, viendo cuán poco duraba en nuestro poder, pues se desvanecía cual si fuese humo, y que más servía para endeudarnos que para enriquecernos, todos, del César Carlos V abajo, la solían llamar *la negra plata del Perú*. He aquí lo que escribía á uno de sus virreyes el invicto Emperador: "Como en aquel tiempo vino aquel negro dinero del Perú, todos me pedistes que os enviase dello, y, en fin, con alguna suma que yo tomé para pagar deudas, que me comían los intereses, y por conservar el crédito, lo demás que me sobró de lo que había llegado en España todo se consumió en esa negra guerra de Parma."

Porque mencionaban muchas de las pueriles mercancías que nos enviaban de otras naciones de Europa, y porque nos requerían tan discreta como inútilmente para que mirásemos por nosotros, copiaré aquí algunas quintillas de las que á este asunto dedicó, por incidencia, un docto dominico hispalense, fray Pedro Beltrán, en su poema inédito intitulado *La Caridad Guzmaná*, escrito en el Puerto de Santa María por los años de 1612 y 1613. Véase, por lo pronto, con qué gentil donaire, en la enumeración de lo que de *extranjis* venía, alude á las plumas de ave para escribir y á los escribanos, que hacían el mayor gasto de ellas,

y cómo saca partido de venderse por manos el papel y de tener éste una cruz por filigrana ó marca transparente. Traían los barcos de otras naciones, amén de cien castas de telas, no mejores, sino más caras que las que nos teníamos en España,

Almizcle que allá se aliña,  
Colores que acá se muelan,  
Con que se pinte y se tiña,  
Y plumas con que acá vuelan  
Tantas aves de rapiña.  
Escopetas y arcabuces,  
Que comen como avestruces,  
Y el papel que, con las manos,  
A todos los escribanos  
Les viene haciendo cruces.  
"Telillas de mil colores,  
Sedas tejidas allá,  
Tinteros y calzadores,  
Flores de cuerno; que ya  
De los cuernos se hazen flores.  
Trompillas y cascabeles,  
Barnices, brochas, pinceles,  
Picheles de barro fino;  
Que, como vienen por vino,  
Traen de camino picheles.  
"Vidrios con dos mil reflejos  
Y espejos que allá se estañan;  
Que á todos, niños y viejos,  
Como negros nos engañan  
Con vidrios y con espejos.  
Cuanto á España traen se gasta,  
Y todo es poco, y no basta,  
Desde el lienzo al alfiler;  
Que ya no hallan que traer  
Sino muñecas de pasta."

Y en llegando á este punto, el buen dominico dirigía á su patria un prudentísimo requerimiento,

que terminaba con la reminiscencia mitológica del infausto fin que, adormecido por el son de la flauta de Mercurio, tuvo Argos, el guardador de la vaca Ío, fábula que dió asunto á Velázquez para uno de sus admirables cuadros. Decía el poeta:

“Mira, España, por tus bienes,  
Que como niña los truecas,  
Pues que das tan sin desdenes  
Por juguetes y muñecas  
Cuanta plata y oro tienes.  
Si no quieres verte pobre,  
Deja el plomo, estaño y cobre  
Con que te quitan el oro,  
Y guarda, España, el tesoro  
Que te ofrece el mar salobre.  
”Mira que son tus dineros  
Vacas de Mercurios sabios;  
Que lo son los extranjerios,  
Con imanes, astrolabios,  
Flautas y pitos parleros.  
Cual Argos dormida estás;  
Abre los ojos, verás  
Los Mercurios que te enseño,  
Que con flautas te echan sueño,  
Para robarte no más.”

Harto más de lo que nos luce nos luciría ahora nuestra capa si hubiésemos hecho caso de tan leales consejos. Pero como ya basta para artículo con lo andado hoy, y *lo de hogaño*, aun tratado muy á la ligera, requiere, á lo menos, tanta extensión como estos deshilvanados apuntes *de antaño*, quédese para otro día.

## II

Cuando una familia rica viene á menos, todos los que la componen saben y confiesan que es menester mudar de vida y acortar de gastos; pero ¿por quién ha de empezar la aborrecible reforma? “—¡No por el vestir! ¿Qué no murmurarían nuestras amistades?”—dicen á una la madre y sus lindos pimpollos. “—¡No por mi *sport!*—añade el casquivano heredero—. Perdería en un dos por tres todo mi renombre, y aun la boda en perspectiva.” “—¡No hemos de ser menos que nadie!”—exclaman á coro los que cabalmente porque han venido á ser menos que sus iguales de ayer, celebran este cónclave familiar. Y, al cabo, el jefe de la casa discurre así: “—¿He de ser yo solo quien prescindia del antiguo esplendor? Mi sacrificio, meramente individual, no remediaría nuestros apuros ni evitaría nuestra próxima ruina; por tanto, siga andando la rueda cual andaba y dure esto lo que durare, como cuchara de pan; que, después de todo, nadie ha visto el día de mañana, y la Fortuna lo mismo da un beso que da un hueso.” Y no se pone remedio al mal, y, enfermas las voluntades, si el uno tira, el otro desgaja. Se hipotecó una hacienda, y se gasta y derrocha como si no hubiera precisión de pagar los intereses del préstamo; vendióse un cortijo, pero se triunfa lo mismo que si al inmediato Agosto se contase con el trigo de sus eras para pagar todo lo triunfado.

Pues esto mismo, *mutatis mutandis*, ha sucedido y sucede con nuestra nación, que, si no *una tribu con pretensiones*, como con burla cruel la llamó quien menos debiera, es una grande suma de casas... venidas á menos. Del buen tiempo de ricos sólo nos quedaron dos cosas: una, las costumbres; pero en ellas y con ellas, la imprevisión, la negligencia y el optimista "Todo va bien" de aquellos días felices; otra, la preferencia que propendemos á dar á todo lo extranjero sobre todo lo nacional, no por más bien hecho ó más útil, sino por exótico, y porque, á nuestro ver, cualifica y enaltece sobremanera nuestro buen tono y mejor entono. Y por lo tocante á lo primero, que de eso voy tratando ahora, vivimos tan á lo ancho y tan sin preocuparnos del día de mañana como si todavía cada año, y aun cada mes, nos llegasen las flotas de la Nueva España y de Tierra Firme.

Nuestros venturosos progenitores, los que con efecto las recibían y tenían parte en la plata que abarrotaban los galeones, solían pagar y cobrar el precio de sus grandes compras y ventas con aquella plata sin acuñar; y cuando de ella faltaba ó sobraba algo (con tal que fuese poco) de lo que, respectivamente, había de entregarse y recibirse, no se hacía caso de la falta ó de la sobra; antes por el contrario, decíase con gentil desinterés: "¡Cabo de barra!", frase que, de seguro, no tiene semejante en ningún otro idioma. Por desdicha, de aquellas barras no nos ha quedado ni el cabo que en las estipulaciones mercantiles iba holguero y

fuera de cuenta, de acá para allá, de menos unas veces y de más las otras; pero, en cambio, se nos ha quedado rezagada la expresión en el habla común y alojada la bizarra largueza en el ánimo, y todavía gallardeamos haciendo *cabo de barra* con todo, menos con las barras mismas, que no hemos vuelto á ver.

Tal como acontecía á cierto coronel gotoso y octogenario, que vegetaba en suma pobreza, comida antes que cobrada la negra paguilla por media docena de nietecitos bigardos: que, aunque estaba asistido únicamente por una muchacha, cuando, sentado al sol y medio comido de moscas, había menester algo, llamaba gritando imperiosamente, como en los buenos tiempos en que tenía á su disposición á toda la soldadesca del cuartel: "¡Á ver! ¡Uno!" Y ¡claro! nunca asomaba *uno*, sino *una*, y *única*: la muchacha á que estaba reducida su servidumbre de otras calendas.

Acostumbrados á exclamar "¡Ancha es Castilla!", pues á este grito la habíamos ensanchado épicamente durante siete siglos, de manera que no cupo en un mundo y para explayarse necesitó otro, esa misma gran frase, apenas pasada una centuria desde el descubrimiento de América, perdió el mérito de su alto sentido y quedó para símbolo y fórmula de nuestra indolencia, como sinónima de "¿Quién dijo miedo?" y de "Salga lo que *salgare*", que disparataba el otro, para disparatar á la vez de obra y de palabra. Á no dudar, más daño nos ha hecho con su bien lograda fama el bravo

general *No importa* que nos harían quince tormentas de pedrisco.

En resumen, he aquí lo que nos ha quedado del tiempo de nuestro esplendor, fuera de unos muy adormecidos conatos de volver á ser algo en el mundo: la poca ó ninguna cuenta que tenemos con no dejarnos explotar (más fuertecilla había de ser la palabra) por cuantos vienen de fuera con ese mal propósito, y aun por cuantos españoles se han subrogado en el lugar de aquellos astutos extranjeros que siglos atrás nos invadían y nos espoliaban, y de los cuales dijo Gutierre de Cetina:

“Andan, señor, aquí los extranjeros  
Hechos de nuestra sangre sanguijuelas,  
Mudando en cambio el nombre de logreros.”

Un añejo refrán castellano decía: “La blanca del español hace rico al ginovés”, aludiendo á que en compraventas y cambios nuestra liberalidad dejaba atrás lo menudo, y de esas gotas de cera hacía el extranjero su disforme cirio pascual; y así, mientras que la nobleza, derrochando sin medida, venía á ser pobre, estos intrusos que llegaban á España sin capa en el hombro, bullían, negociaban, prestaban, estafaban, y en una veintena de años alzábanse con los caudales de aquéllos, tal como lo escribió don Diego Hurtado de Mendoza:

“Verás por los consejos gran ruido  
De señores que piden facultades  
Para vender hasta el paterno nido.

“Y verás otros que de mil ciudades  
Compran las alcabalas y los juros,  
Pueblos enteros, ricas heredades...”

Pues aquello mismo de los *ginoveses* sucede en los actuales tiempos, y todo industrial aprovechado hace el oficio y las veces del *ginovés* antiguo. Vedlo. En el mercado no hay ni una monedilla de céntimo de peseta y casi faltan enteramente las de dos. Aprovechándose de esta carencia, nos ajustan lo menudo, el piquillo de cada precio, por múltiplos de un céntimo, como manda Dios; pero sólo nos lo cobran por múltiplos de cinco céntimos, como manda el diablo; verbigracia: por pagar veintidós céntimos pagamos veinticinco, ó, mejor dicho, regalamos ó nos dejamos llevar tres, y esto á cada momento; al comprar cada menudencia: ocho, diez, quince veces al día; por donde la incurria de nuestra sandía largueza de hidalguetes rumbosos se deja atrás, como antiguo *cabo de barra*, el cuatro ó seis por ciento de lo que importan las compras menudas; bagatela que, multiplicada por los días que tiene el año, ya montaría lo necesario para dar una vuelta de zapatos á los chiquillos, que quizás, aun siendo de familias tan manirrota, anden *suelirrotos* lo más hidalgamente posible.

Y si sólo los vendedores y negociantes humildes se anduvieran cazando *la blanca del español* de un bolsillo en otro bolsillo, como sabuesos de mata en mata, trance; pero es el caso que para este efecto los verdaderos *ginoveses* de hoy suelen ser las grandes empresas y las opulentas compañías, ó, á

lo menos, los cajeros y cobradores de ellas, si es que este espolvoreo de la calderilla peninsular va á sus faltriqueras, y no á la caja. En los ferrocarriles, en las fábricas de electricidad, en los fieltos de consumos, en todo ó casi todo lo que se llama ó huele á *compañía*, los que cobran arrebatan á los que pagamos los céntimos del piquillo, á pretexto de que *no hay céntimos*. ¡Y es harto curioso!: estas mismas entidades, cuando pagan, ni por milagro del cielo dan un céntimo más de la cuenta: para estos casos, ó tienen monedillas de á céntimo y de á dos céntimos, ó los dan de menos, que es lo corriente, á fin de que, así en el pagar como en el cobrar, queden de la parte de adentro las gotillas colganderas.

Y todo esto sobre que, con excepciones contadas, y, por lo mismo, más honrosas, los que venden al por menor engañan triplemente á los compradores: en la cantidad, en la calidad y en el precio. No hay tasa ni dique de eficacia efectiva en lo que toca á desnudar á los consumidores, porque, amén de otras cosas, entre el productor y el consumidor se han ido metiendo, á pretexto de acercarlos —pero, en realidad, con el propósito de alejarlos, de modo que ni de vista se conozcan—, tantos trujamanes y galopines, tanta mano viva y tanta boca no muerta y que ha de comer á la sola costa de entrambos, que ni el productor logra por su especie lo que en ley de Dios debiera, ni el comprador la obtiene sino pagando el duplo ó el triplo de su valor. Y no hay un alma cristiana que ponga coto

á tanto abuso y mande á destripar terrones, ó al *abanico*, que sería mejor, á tanto vago como vive y bebe y mantiene prójimas y projimillos á fuerza de encarecer los bastimentos, acaparándolos ó confabulándose con sus congéneres y compinches.

Y como á todo calla y por todo pasa este pacientísimo cordero de consumidor, sin exigir el centimillo sobrante, sin examinar el peso y la medida de quien *le vende* en más de un sentido, sin pedir que vaya á presidio quien le envenena los alimentos, sin averiguar por qué todo en Madrid cuesta el doble que en cualquiera otra parte, y, en resolución, sin acudir con sus justas quejas y sus respetuosas peticiones para despertar de su profundo letargo á quienes pueden y deben poner remedio á este mal que nos empobrece y nos deshonra, todo anduvo, y anda, y andará perdurablemente de mal en peor, sin que haya esperanza ninguna de remedio.

Aquí todo el mundo se agremia para mejor explotar á los consumidores; pero éstos, indolentísimos siempre y mal hallados con su dinero, que ya no es, como hace tres siglos, *la negra plata del Perú*, sino la todavía más negra calderilla de una nación esquilada y pobre, no se asocian contra nadie, y silenciosamente se dejan despojar en cada encrucijada, sin duda *porque van solos*, como los gallegos del cuento.

Esta apatía, que es muy mala y dañosa como enfermedad moral de una sociedad enteca que va perdiendo hasta el instinto de conservación, es

aún peor y más alarmante como síntoma, porque denota que no servimos para la economía y para el ahorro; que, pues no sabemos administrarnos, sin duda hizo clavo é imprimió carácter en nuestra raza el bienestar antiguo, y, en fin, que siempre tendremos ó dejaremos nuestra *blanca* al alcance de todo *ginovés* de afición que la apetezca para ir medrando á costa de nuestra hidalga y ubérrima bobería.

(*El Universo*, 10 de Febrero y 9 de Marzo de 1908.)

## XXVII

## MULIEREM FORTEM...

Ha mucho que lo reparo. No se me escapa sin leerla ninguna de esas largas listas de *trousseaux* —*ajuares de novia* decíamos en otro tiempo— que con frecuencia publican los periódicos, y entre tanto *pendentif* y tanto encaje y tan inútil y aun estorbadora baratija como hacen quilométricos esos inventarios, todo ello extranjero ó extranjerizado, porque lo netamente español está *déplacé* para las gentes de buen tono, jamás, ni por acaso, veo el nombre de un cierto regalillo, insignificante por su costo, sí, pero de muy subido precio por su valor; de una alhajita extremadamente provechosa y de la cual, mejor que de amuleto alguno, pueden esperar inestimables bienes el nuevo matrimonio y los hijos que de él provengan. Me refiero á un libro: al que fray Luis de León intituló *La perfecta casada*, destinado para enseñar y recordar santas obligaciones y para patentizar, de paso, cómo “se engañan mu-